

DIARIO DE MURCIA.

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

Este periódico sale todos los días, excepto los lunes.—Se suscribe á él en su Redacción, calle de la Trapería número 70 y en la Librería del Editor cuatro esquinas de San Cristóbal; á 6 rs. al mes y 9 fuera franco de porte, en cuyos puntos se admiten también los anuncios á medio real por línea.

El buzón por donde deben dirigirse á la redacción las producciones que se quieran insertar, es el que hay en la puerta de la librería calle de S. Cristóbal: las que se manden por el correo no se admitirán, por lo que su publicación será imposible. Y aun aquellas será necesario que nada tengan que pueda incomodar, y que las iniciales del que las suscriba, no puedan confundirse con las de otro que repugne se las atribuyan.

UN RETIRADO.

De cuantas fajas especiales concurren á la formación del gran cuadro social; de cuantos caracteres viaudantes se agitan en este próspero mundo, ninguno mas excepcional, ninguno que ofrezca propiedades mas originales y anómalas que el de un retirado.

D. Anselmo Rioseco es el modelo mas acabado, el tipo mas perfecto que trato de someter al aparato analítico de mi pobre magín.

Examinémosle física y moralmente.

En una modesta y mezquina habitación cuya casa aun conserva algunos vestigios de la morisca dominación, testigo irrecusable del pésimo gusto de los antiguos en este género, yace un hombre que acaba de abandonar el lecho y se dispone á dar publicidad á su persona. Armada su diestra de mutilado péñe ocúpase ahora en la organización de sus cabellos grises. Enormes zapatos cullas multiplicadas restauraciones no dejan lugar á conocer sus forma y esencia primitivas, han pasado á covijar sus sitios respectivos. Un pantalón blanco sin opresoras trabillas y considerablemente deteriorado hacia el punto que corresponde á su escuálido tafanario, cubriendo está sus des-

nutridas piernas. Un chaleco amarillo de patriarcales dimensiones y cuya existencia se creó fabulosa colócase cuidadoso. Ancho y alto corbatín cubre su lánguida cerviz. Un levita con honores y privilegios balandranianos desposeyendo está por medio de anticuado cepillo, del polvo que recibiera en la limpieza general doméstica del día anterior. Sobre sus venerables formas háuse deslizado luegos años, y en ellas está gravada con sello indeleble la mano del tiempo. La destructora polilla ha empezado ya á minar la existencia de aquel monumento célebre. D. Anselmo le contempla como lo hiciera una tierna madre en cuyo regazo amoroso tiene espirante á su idolatrado hijo. Respetable sombrero del mas refinado clasicismo cubre su cabeza sobre la que un frenólogo no dejaría de hacer profundas observaciones que hicieran dar á la ciencia un paso de gigante. Por último; un bastón de caña de Indias adquirido por herencia legitima, viene á ser el complemento de su traje. Le venera como especial donación de uno de sus abuelos hecha por medio de un codicilo.

Ya le tenemos en la puerta de aquella mansión nebulosa y triste encargando á Doña Quiteria Sinsabores el mas esmerado celo, la vigilancia mas exquisita con respecto á su custodia.

Ya le tenemos en la calle. A la vuelta de la esquina mas próxima, un personaje sombrío y misterioso como las imágenes de Victor Hugo le interrumpe en su curso y en estilo prosáico...

—Buenos días Don Anselmo, le dice.

—Téngalos V. muy buenos Sr. D. Hilario.

¿Hay alguna novedad?

—¡Oh! importantísima. Anoche he sabido por nuestro amigo D. Eulogio, que como V. sabe está suscrito al Popular, haberse dado ya la or-